

SE BUSCA

CARTAGENA

// Equipo Espejo

Deambular, vagar, callejear, errar. Caminar ya no es una actividad suficiente para ver, y menos si todos los folletos tienen como destino el mismo lugar iluminado que pronuncia grandeza entre sus manteles blancos. Los sueños también germinan en las esquinas poco coloreadas del mapa. Aquello que algunos llaman arte, eso que otros bautizan como cultura, para otros es una casa, una rutina diaria, un quehacer sin reflectores. ¿Dónde están los que deambulan, vagan, callejean y erran? El riesgo de salir de las rutas conocidas no es

el encontrar algo peligroso en las nuevas, como el nuevo entendimiento adquirido de que aquellos otros parajes siempre estuvieron allí, moviéndose sin permisos, avanzando sin aplausos y demostrando que la quietud no es una condición que se excuse en el clima caliente. Pienso ahora en las acogidas y en lo que pasa cuando llegas a envolverte y no a tomar fotos. Al final la pérdida de estos cuatro resultó en el hallazgo de muchos amigos. Supongo que eso es lo que obtienes si te empiezas a mover.

<http://www.eluniversal.com.co/cartagena/local/cartagena-de-indias-y-colombia-en-el-mapa-mundial-del-turismo-nautico-92489>



LA POPA

// L. Michell Arzuza

Estudiante Lingüística y Literatura

*** PERSEGUIDORA DE CALLES 1:

Siento que a veces me muevo como una pequeña corriente de agua; ligera y suave. No quiero decir que sea capaz de esquivar cualquier obstáculo y llegar rápido a mi destino, porque lo único que hago es tropezar y perderme, sino más bien por el hecho de la liquidez con la que deambulo. ¿Cómo se es líquido entre la multitud? Se preguntarán y me mirarán con extrañeza, y no sabría cómo explicarlo con total claridad, solo podría decir que es algo que no pesa. Así describiría mi forma de caminar, una mezcla de observar y flotar, de perderme y encontrarme entre las cosas dichas y por decir, hechas y por hacer, las del resto del mundo y las mías.

Cuando salí de casa hice mi predicción diaria del tiempo; para mí el día prometía vientos y frescura. Al llegar a la estación de Transcaribe de Pie de la Popa saqué el papel donde tenía apuntado mi destino de la mañana; *Subiendo por la carretera principal de la popa, segunda revuelta (Esa es la dirección cartagenera) la oficial es: Subida de la popa calle 37 # 20 d 49.* Llegué con la dificultad de alguien que es total y completamente negado en materias de orientación. Lo único que me salvó de estar perdida, fueron los globos que se veían en una casa situada en lo alto de la calle.

Subí unas inmensas escaleras hasta llegar a la casa. Me acerqué a una preciosa niña que sostenía un cartel que decía “abrazos gratis”,

la pequeña que me regalaba la primera sonrisa de la mañana fue también la primera en ayudarme con mi despiste habitual. Le pregunté por Julie y ella me dijo que la esperara un momento. Me senté en un bordillo y observé con detenimiento el lugar por primera vez, encontrándome con una carpa azul que ocupaba todo el espacio arenoso en frente de la casa y una multitud de risas, juegos, una cometa que estaba siendo comandada por la perseverancia de un niño que deseaba verle revolotear la cola, y un adulto que observaba con nostalgia. La imagen se multiplicaba entre los presentes: padres de familia y niños reunidos en un solo lugar. Un gran equipo de sonido que no estaba perturbando la tranquilidad de los vecinos un domingo por la

mañana, como suele pasar en los barrios cartageneros, sino que por el contrario alegraba y, a mi parecer, hacía más fresco aquel día. La niña regresó con una joven de gran sonrisa, era Julie.

Julie me saludó como si me conociera de toda la vida, dándome la bienvenida a “La loma” como ella llama cariñosamente a su hogar. Me

ofreció del refrigerio que estaban comiendo los niños para explicarme que la actividad del día estaba llena de cometas, juegos y música. Mientras comía (quizá la empanda más rica del mundo) empezó nuestra nueva amistad que tenía como base mi curiosidad. Supe entonces, entre preguntas, que Koinonia había empezado en 2010 como “una idea llena de amor”, que aquel foquito se le había encendido una tarde que descubrió que su vida no tenía sentido ni porqué, que ella quería construir algo que hiciera comprender a una comunidad que habían otras cosas



más importantes que el dinero y los objetos materiales. Esa idea permanecía hasta ahora de viernes a domingo en diferentes horarios, con actividades recreativas, artísticas y culturales, porque, como dice Julie, “la cultura y el arte son cosas intrínsecas en el ser humano, en cada área de su vida, y por tanto, cualquier cosa simple como comer termina siendo arte y cultura. En ese sentido, es sólo cuestión de buscar el punto de conexión entre lo que queremos enseñar o propiciar entre los niños y jóvenes y ya está: el arte y la cultura están allí como esperando ser tomadas para cambiar la historia.”

Descubrí también que todo aquello era posible gracias a la colaboración de amigos que le facilitaban los materiales y a los recursos que ella misma se encargaba de conseguir mediante mercados de pulgas y su trabajo personal, porque ella hace “Lo que haga falta” (otro de sus lemas) por Koinoinia y los niños de su barrio, porque todos, son su familia. Julie me contó que siempre buscaba algo diferente que hacer con los niños, desde llevarlos a museos y parques, hasta una proyección fuera del barrio, que el secreto para hacer que los niños se interesaran por las actividades culturales estaba en la creatividad la cual “juega un papel crucial pues no se trata de hacer lo mismo que los demás aunque sean comunes algunas cosas. Se trata de ver

con nuestros ojos las cosas que no se pueden ver y traer LO NUEVO, algo que marque la diferencia.” Y los niños siempre encontraban novedad y diversión en todo.

Nuestra charla se vio interrumpida por un concierto que tenían planeado para los niños. Me excusé porque mi falta de orientación nos había hecho perder un tiempo valioso que pudimos usar para conocernos. Ella se levantó y volvió a sus actividades, disculpándose también conmigo. Yo tomé asiento entre los padres de familia y los niños que me miraban con extrañeza al estar sentada en una de sus pequeñas sillitas. Volví a ver a la niña de los abrazos gratis y no me pude resistir a recibir uno comprendiendo entonces las palabras de Julie: “la terapia de abrazos cura el alma”.

La banda tocó y luego hicieron una rifa de cometas. Noté que mi predicción del tiempo había fallado en ese momento: la mañana seguía siendo fresca, pero el viento se había ido a pasear a otra parte. Aun así deseaba experimentar aquella alegría de ganarme una cometa aunque no consiguiera hacerla volar. Quería ser igual que los niños que no desistían en su intento de ver alzarse a la suya. Uno de los chicos forzó los aires y con alegría gritó que la había hecho volar. Solo duró unos segundos que fueron suficientes para animar al resto de los niños. Yo seguía con la esperanza de que el viento regresara.

BALUARTE SAN LUCAS

// Cindy Herrera

Estudiante Lingüística y Literatura

***PERSEGUIDORA DE CALLES 2:

Hubiera querido que mis pies tuvieran un nombre. Si ellos pudieran bautizarse estoy segura se hubieran puesto Pedro y Juan, o tal vez arran y zanzan, o a la pin o a la pon, o ese tipo de cosas que les insinuaran un juego en el camino. Hoy se presentan ante un escenario, y los dos, en una especie de búsqueda de mí, sólo deambulan por las taquillas en un intento por entrar colados. Hagan de cuenta que se están poniendo en mi posición, que son una especie de yo que hoy está aquí y mañana en cualquier parte de la acera de una calle. Saluden pues

señores, no sean mal educados y digan ¡buenas noches!, la lleva Perencejo, y la lleva Sutanito.

No sé por cuánto tiempo lo perseguí. Creo que cualquiera hubiera podido desistir a mitad del camino y aun así quedarse sin energías. El que busca a un artista callejero debe estar dispuesto a irse a las calles. Yo no pude hacerlo. Nuestros tiempos no coincidieron nunca. Pero juro que cuando por fin logré sentarlo frente a mí en una silla sentí haber alcanzado algo de lo que hoy todavía no estoy muy segura cómo nombrar, una especie de satisfacción nervio-emocional por escribir sobre teatro, así le llamé.

William Hurtado parece ser un hombre que nació con las venas artísticas en el cuerpo. Después de haberlo llevado a un punto de acoso casi periodístico, y reprogramar



<http://cadavermalva.blogspot.com/>

conmigo varios encuentros para acercarme a algo de lo que mágicamente él hace, me dijo: “si quieres puedes venir a la obra de teatro” Me emocioné, pero no lo demostré, tan sólo le dije: “sí, claro... Cuánto me gusta esa obra”. Minutos después me pregunté si lo que estaba buscando no era una entrevista. Creí por un minuto que había perdido el foco, pero no, en realidad William me había llevado al lugar que era.

Era mi segunda vez viendo *El extraño cadáver color malva*, una obra de aquel dramaturgo al que meses antes le habían hecho un homenaje por su trayectoria en el teatro Adolfo Mejía. Un viejito que charla y vende libros y escribe obras y enseña teatro y crea personajes y sonrío mucho: el señor Alberto Llerena. Lo encontré justo a la entrada, le saludé: ¡maestro Llerena!, y el sólo sonrió y me invitó a pasar. Yo había escuchado rumores de un horno teatral en la ciudad, y al mismo tiempo de un templo ancestral de tablas incrustado en una muralla. Yo quería comprobar las dos historias. Ciertas ambas, pero la segunda más valedera que la otra, con un peso único en la memoria de los directores, compañías y actores que la han pisado. Estaba colada entre los demás. Después de entrar, y sentir el olor a antigüedad, supe que era mi primera vez en La Reculá del Ovejo.

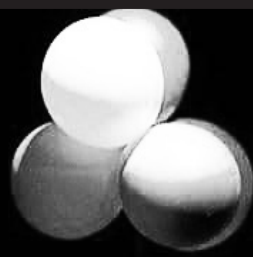
El señor William estaba allí, actuando entre la multitud de actores, entre un cadáver al que lloraban sin saber su nombre y una mujer perdida que reclamaba la desaparición de su hijo. “Retrato más dicente de violencia” pensé.

Luego llegaron los aplausos, las preguntas y las sillas para la conversación. En realidad no pregunté mucho, dejé que fluyera, sólo prendí en William lo que cada personaje quiere de sí: contarse. Entre las cosas que su gentileza logró enseñarme: la de un literato que decidió hacer teatro. “Triste satisfacción para un artista” dirían los menos crédulos. La verdad es que este hombre hace

teatro desde la escuela, y tenía las andanzas a pie de aquel teatrero proselitista. Hasta ahora han sido 26 años de realidades inventadas entre el maquillaje y la metamorfosis. Parece un hombre que se desprende y se recuerda mientras habla.

En el año 1996 crea su propio proyecto de títeres después de verse huérfano de ellos en el año 1995. Son unos “Mamarrachos parlanchines”, así les llama. Los niños parecen crear con él otra atmosfera. Es un juego, una ida y vuelta continua al laboratorio de las artes escénicas coloridas y en miniatura.

Comienza a acordarse de las experiencias dentro y fuera de Cartagena, del aprendizaje de aquellos que le enseñaron y del momento quinceañero en el que un director de la compañía ballet de Santiago de Cuba quedó tan sorprendido con su actuación de viejo español, que le faltó aire al darse cuenta que era tan solo un muchacho. William, al igual que otros desafidores de la escena, habla de una gran nostalgia por la Cartagena teatral, la que dejó atrás el puerto de entrada de este arte y se salió de la “rosca” del teatro colombiano. “Lástima que el teatrero de Cartagena se va de la ciudad. Aun somos la pequeña pipeta”. Ahora piensa en la continuación de lo que está, de lo que se sueña en cada presentación de teatro y títeres, de lo que se viste con él justo en



el momento en que interioriza un texto y trasforma su yo; la realidad de estar en lo que le hace feliz.

Justo después de marcharme, sentada en la banca de un parque, y a punto de entrar a un concierto de rock, alguien me dijo: deberías concentrar los esfuerzos de ese artículo en la historia del teatro de esta ciudad. No le respondí, sólo lo anoté. Creo que la historia de ese teatro sigue escribiéndose con una intensidad mordaz y que necesita más que un artículo para volverse a escudriñarla. Más bien creo que son los esfuerzos de esos

teatros anónimos que van de tabla en tabla, construyendo escenario con el cuerpo propio y el de otros, los que reconocen las identidades de un colectivo vivo. Unos lo hacen con un pedazo de media, botones y lanas, otros con escritos derramados desde las vivencias, y algunos con las colecciones de ropa que han pasado al olvido en casa. Ellos, seres invisibles, salen al escenario a mostrarse como son sin voltear la espalda, gritando mierda, e impulsando con pasos ligeros la memoria del artista vigente, del titiritero, del zanquero, del bailarín, del actor, de aquel que hace de su vida los rostros de los demás.

<http://xn---itbkqkfq.xn--p1a/16/murallas-de-cartagena.php>



SAN ISIDRO, POR LOS CERROS

// Pavel Ruiz Martínez

Estudiante Lingüística y Literatura

***PERSEGUIDOR DE CALLES 3:

Quizás he decidido confiar más en los caminos que ando que en ciertas personas. Un pequeño tramo de carretera puede enseñarte más que doce clérigos italianos. A veces los recorridos son largos, otras veces se acortan sin siquiera alterar la más mínima unidad de tiempo, pero la enseñanza sigue siendo la misma. Uno no va por la vida pensando el viaje. El viaje lo piensa a uno.

Llegué a la puerta del estudio, después de atravesar un largo camino árido y soleado, terroso. La entrada parecía ser lo que antes

era una bodega. Tenía una puerta horizontal corrediza hecha de vidrio, a través del cual se podía ver un anuncio luminoso de neón: *La Tarima Studio*. Al sonar el timbre (que nunca se escuchó, por cierto), esperé un momento y vi la puerta abrirse. Era Leo, un hombre moreno, bastante robusto y grande. Como su calidez. Me invitó a entrar de la forma más amigable posible, con los brazos abiertos, como si pudiera entrar y salir cuantas veces quisiera. -“Esta es tu casa”- dijo. Nuestra sesión comenzaba.

La entrada del estudio estaba seguida por un pasillo oscuro con dos puertas al final. Una (la más cercana) estaba a la izquierda y daba a la cabina de control: aquí yace “el trono” que es donde Leo dice que sucede la magia, que es algo así como controlar la música con las manos, manipular el sonido con los dedos. Desde el trono, Leo graba, masteriza y produce.



“Mi trabajo me encanta, y me encanta desde aquí, pues desde aquí puedo ayudar a la gente a expresar su mensaje y lo que quiere sentir”.

La otra puerta es la sala de grabaciones. Aquí están los equipos de peso: cabinas, plantas, amplificadores, batería, congas y debido aislamiento del sonido. En esta sala se brinda a todos los músicos de la ciudad la oportunidad de grabar su producto o de ensayar el mismo. “Es un espacio hecho por y para los sueños”, dice Leo. Después de observar el lugar y sentirme a gusto, comencé la sesión: Crucé el umbral a la sala de grabaciones. Ya estaban los paneles aisladores listos, la silla y el micrófono bien ubicados. Leo estaba del otro lado de la sala, desde la cabina. Mirándome desde un vidrio traslúcido, monitoreando. Me senté y esperé la señal. “Hágale”. Y empecé a cantar.

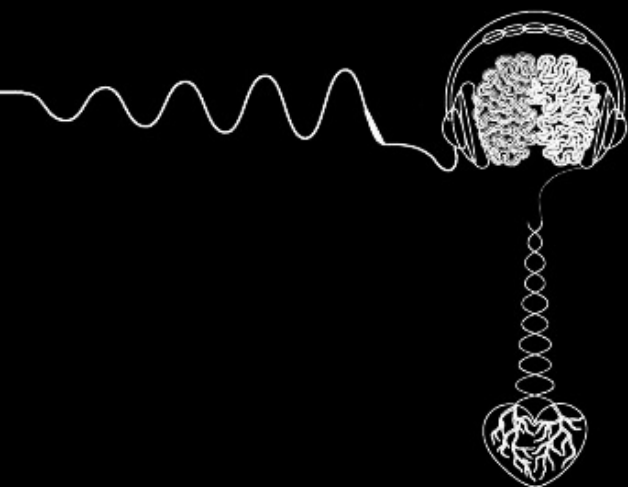
Fueron cuatro repeticiones ininterrumpidas de la misma línea melódica, cuatro veces intenté y cuatro veces fallé. Confiaba en su

trabajo y sé que él también. Me dijo con buena cara que lo intentara de nuevo, que aún podía hacerlo. Yo le creí.

Aquello de cantar me destruía. Delante de mi boca estaba el micrófono condensador, listo para escuchar aquello que no tengo que decir. De mí, mientras tanto, sólo permanecía el diafragma y el esófago, seguidos de mis cuerdas vocales y mi boca. Estaban ahí, inertes ante el micrófono, entre dos paneles. Mientras cantaba sentía cómo me aislaba yo del resto de mis órganos. Tenía miedo de abrir los ojos y no estar allí, donde debía estar. Miedo de que mi creencia fuese cierta y sólo de verdad quedasen mi diafragma y mi esófago, seguidos de mis cuerdas vocales y mi boca. Sin cascarón, sin mí, vibrando y sonando.

Fue la quinta toma la que al final salió “aceptable” Lo supe cuando al abrir los ojos y terminar mi línea vi a Leo a través del cristal. De pie y con sus brazos cruzados, sonriendo: “esa es”.

Volví a la cabina de control. Había grabado la primera sesión de mi vida. Era un buen logro, quizá el primero de muchos. Al sentarme en una pequeña butaca al lado de “el trono”, observé a Leo mover palancas, switches, botones, programas, luces, gráficos y otros gajes del oficio, todo para que nuestro producto pueda ser apreciado con más calidad y claridad. Este era el proceso de mezcla y limpieza del sonido: Algo que un profesional como Leo sabe hacer de manera magistral.





Luego de terminar la mezcla, nos tomamos un pequeño receso y compramos aperitivos: un pan y una gaseosa nunca había sabido tan bien antes. Luego tuvimos una pequeña conversación en la que después de tanta cháchara y relajo, terminé por saber que *La Tarima* había empezado gracias a una conversación que tomó lugar en *Beer Station*, donde Leo y su colega de infancia: Carlos Arturo Rodríguez (guitarrista y cofundador de *La Tarima Studio*) decidieron formar un lugar en el que podrían realmente hacer lo que quisieran, ser felices, independientes y por supuesto, hacer mucha música. La conversación siguió y siguió: hablamos de mujeres, de política (Leo al parecer tiene una opinión muy crítica de las conductas del colombiano promedio), hablamos de nuestra música y de cosas que probablemente se las llevó el viento y las trajo aquí en este reportaje. Pero la conversación se vio interrumpida por una visita. Alguien iba a ocupar el lugar, para tomar ensayo (y así es que funciona el timbre que nunca sonó, había una luz roja que reemplazaba el *ring ring* del timbre convencional. Por si las moscas) mi sesión terminaba. Había dejado al mago hacer sus trucos, su magia. Ya volvería pronto, aún había trabajo por hacer en la tarima.

3 DE JUNIO, MÁS ATRÁS DEL NAZARENO

//Dámaris Núñez Tovar
Estudiante Lingüística y Literatura

***PERSEGUIDORA DE CALLES 4:

Me gustaría creer que no somos el nombre que tenemos, pero si hubiese tenido otro nombre, no sería lo mismo que soy hoy. Me gusta, porque es mío, así como también lo es mi risa. Me gusta retumbar al punto de que el mismo Dios la escuche allá, tres pisos más abajo; mis risas y mi pies son uno mismo (por lo general), y siempre voy donde puedo reír y dónde les puedo contar algo. Me gusta decir que soy y que me muevo, porque así es como llegué a donde menos imaginé: a los extremos más inimaginables. Así, siendo y moviéndome, busco la luna desde cualquier perspectiva, y si no está, voy y la saco, como sacar a todo el mundo, como ir a caminar y buscar rastro de quienes hemos dejado de ser para construirnos nuevamente. No floto, ni fluyo: yo camino.

Luego de un viaje de casi dos horas y más de diez mil pesos en pasajes logré llegar a un destino que me era completamente desconocido. La primera vez que me adentraba en una invasión en Cartagena, pero no me sentía insegura. Llegué justo cuando la película

estaba a punto de comenzar. Ver alrededor de cien niños a la expectativa de algo que, como yo, me llenaba de curiosidad y extraña alegría, me hizo decir que era un viernes del cual no me arrepentía, ni ese día ni en un futuro lejano. Aunque, si bien no solamente eran niños los presentes, me preguntaba cómo sería la vida de estas familias después de acabar la película. Si seguirían pensando en el largometraje, o se olvidarían de ello una vez nos fuésemos de ahí. Ese día, mientras todos se concentraban en la película, yo puse mi atención en los demás. En la alegría de los demás. De la nada, me entraron ganas de proyectar más cine para esas personas. De hacerlo Yo. Entonces comprendí cómo se sentían quienes llevaban el cine hasta sitios como este, algo que va más allá de proyectar: es hacer algo realmente bueno y productivo por alguien.

La proyección finalizó alrededor de las ocho y cuarenta, no exactamente porque la película durara tan poco, sino porque ver el largometraje es algo que también funciona como inicitiva para los niños al “buen comportamiento”, y esta vez no fue así. Para cuando comenzaron a recoger los equipos (que luego me sorprendió enterarme eran alquilados por los mismos dos participantes que ese día estaban conmigo) los niños seguían jugando por ahí, las mujeres hablaban entre ellas y uno que otro se acercaba a preguntar si necesitaban ayuda. La luna desde aquella invasión se veía con una luz distinta, y es que escuchar las risas de aquellas personas te hacía preguntarte por qué tanto olvido, por qué tanta ausencia y dónde estaba el apoyo

para aquellos que también y con mucha fuerza seguían luchando por sobrevivir en un territorio tan atentado y lejano.

Cine periférico es una propuesta cultural que consta de llevar películas a los barrios que se encuentran en los márgenes de la ciudad de Cartagena, con el fin de descentralizar las actividades culturales. Así, por una colaboración de *Contextos y Canal Cultura* fue posible que se desarrollara este año, a partir de febrero. El 23 y 24 de septiembre en las horas de la noche se hizo una de las proyecciones, destinada a un público que no sólo estaba abierto a conocer el arte, sino que quería ser sorprendido. Aunque en primera instancia la propuesta parecía ser dirigida hacia un público únicamente infantil, a medida que la función iba avanzando la concentración era tan fuerte, que fuimos todos espectadores del arte sin diferenciación de estrato alguna. Y así, ya no sólo hay niños, sino jóvenes de todas las edades, madres cabeza de familia, y gran parte de la comunidad curiosa que se percató de que algo estaba sucediendo en la plaza de su barrio y deciden entonces llevar sus sillas y empezar a ver.

El proyecto comenzó en barrios como 3 de Junio, La Perimetral y Barrio Sexto. Lugares al que se les guarda cierto recelo, pues son reconocidos como sitios “calientes”. Así, y en base a estos estereotipos, se vuelven poblaciones olvidadas, donde poco importa realmente lo que suceda ahí. Una única visión generalizada de ellos: El territorio desmaquillado y a secas. Lo que es sin ninguna posibilidad de explicaciones, o de



teorías. Parte de la indiferencia que se tiene con estas personas motivó a Alí Majúl y Leidy González, integrantes del Colectivo Artístico *Contextos y Canal Cultura*, a mover el arte por estos barrios, con la intención de sensibilizar el territorio, dicen, y que les sea posible a estas personas, que viven entre el abandono por parte del gobierno de la ciudad y la violencia en las calles, aprender, desde su perspectiva, otra realidades creativas.

Así, poco a poco, las personas van saliendo de sus casas alrededor de las 7 p.m, llevan sus sillas consigo, y se conglomeran en la plaza frente a sus casas, donde no hay niños jugando fútbol, sino la proyección de una película. El proyecto ha tenido tal acogida, que los mismos habitantes, luego de ver varias veces la mecánica de estas noches, preguntan y ofrecen, que si faltan sillas, que si quién hace las crispetas, que si necesitan alguna ayudita con los equipos... en fin, la curiosidad pudo y el arte también.

Sin embargo, el proyecto, sin ánimo de lucro, consta con algunos patrocinadores que son los mismos quienes lo llevan a los barrios. En sus palabras: “Un proyecto hecho con las uñas”. Asimismo, los voluntarios son personas que, al enterarse, desean participar motivados por el despliegue del cine en espacios no típicos del mismo, la necesidad de expandir una forma de cultura en lugares a los que se les ha negado las participaciones hegemónicas de la misma. No hay ganancia económica y su fin principal no es el reconocimiento como la gratificación y satisfacción que se obtiene de las sonrisas de aquellos niños, mujeres y hombres. No importa a los organizadores tener que pagar ellos muchas veces con tal de buscar esos resplandores distintos, las otras sonrisas. Además, que luego de iniciar, la euforia del público motiva realmente a continuar con las proyecciones. Alí y Leidy estiman continuar en el proyecto para el otro año. Es un proyecto que se prolonga indefinidamente; además, puesto que *Contextos* se ajusta a los contextos, la idea no es sólo transmitir mensajes sobre la edificación, la autoimagen, el género, el arte, etc., sino que la rigurosidad en los temas de las presentaciones se aplicará en mayor medida, pues ahora con el panorama nacional de un posible postconflicto, estas comunidades están en la línea de todo.

Cine Periférico es una apuesta social que trabaja POR el territorio. No en la medida de cambiar sus estilos de vidas o modificar sus condiciones, pero sí desde aquella necesidad de humanizar que poco a poco va transformando de adentro hacia afuera. Es lo mínimo que se puede hacer, pero es lo que se debe hacer.

MANIFIESTO ESPEJO

En *Espejo* estamos convencidos de que es igual de dañina la indiferencia que lo celebra todo como la crítica que no propone nada. Con estos reportajes presentamos nuestra visión de la ciudad y la vida después de las banderas del “Cartagena no reduce al Centro” y el himno “En Cartagena no pasa nada” Creemos que así introducimos diferentes principios que guiaron nuestras reuniones como equipo editorial: desde la creencia de que esa sustancia colorida a la que clasifican como “cultura” debe dejar de ser motivo de periódicos para convertirse en entrada de diarios personales, pasando por el compromiso de acercarse a las distintas propuestas y eventos con la humildad de quien quiere ser “parte con” los valores que se organizaron y no “parte de” los consumidores de blanco que se adueñan de cada iniciativa, terminando con la prohibición del escepticismo letrado que excusa su pasividad en las ruinas que solo ve aquel que no camina. Sin ninguna pretensión de idealizar el presente de Cartagena, tratamos, eso sí de forma ideal, en convertirnos en un enclave para mostrar los algo que pasan y que agitan la historia que se analiza como condena. En esta sección, únicamente, una cartografía de indignados. E